

Ernest Pépin

La revancha de Octavie

Traducción de Amelia Hernández M.

Ernest Pépin (Guadalupe, Francia, 1950) combina su vocación de poeta y escritor con su carrera administrativa (es actualmente Director de Asuntos culturales en el Consejo General de Guadalupe). Ha publicado siete novelas: *L'homme au bâton*, 1992; *Tambour-babel*, 1996; *Le tango de la haine*, 1999; *Cantique des tourterelles*, 2004; *L'envers du décor*, 2006; *Toxic Island*, 2010 y *Le soleil pleurait*, 2011, así como varios poemarios y cuentos. En sus novelas, Ernest Pépin muestra la realidad de su isla, rompiendo con la imagen exótica de las Antillas, hurgando en las situaciones complejas de una región que, repentinamente integrada al desarrollo solo desde mediados del siglo XX, padece las violencias de la modernidad. Junto con algunos escritores del Caribe francófono, promueve la creolidad, un movimiento que reivindica el reconocimiento de una identidad cultural nutrida por todos los elementos de la realidad histórica, cultural, política y económica de las antiguas colonias. Ernest Pépin ha recibido dos veces el Premio Casa de las Américas. El ministerio francés de la cultura y la francofonía le ha otorgado la Legión de Honor.

Amelia Hernández M. es periodista y traductora venezolana, nacida en Francia, graduada en la Universidad Central de Venezuela y el Institut Français de Presse. Reportera y redactora desde 1979 hasta 1998 principalmente en el diario venezolano *El Nacional* y en la *Emisora Cultural de Caracas*. Traductora desde 1994 de una treintena de libros (Arthur Rimbaud, Marguerite Duras, Guy de Maupassant, Jacques Attali, Henry Troyat, Mircea Éliade, Jacques Stephen Alexis, Édouard Glissant y Bella Josef, entre otros) para Monte Ávila Editores Latinoamericana, Biblioteca Ayacucho, Bid and Co y Convivium Press. Co-fundadora del Taller de Traducción de Monte Ávila Editores Latinoamericana. Correo electrónico: ameliahernandezm@gmail.com



LOS ÁRBOLES CABECEABAN, extendiendo sus velas verdes al viento, hacia el cielo desgarrado por un sol en celo. Estábamos en Castel, un rincón de la campiña donde los morros se anudaban a otros morros como racimos de papayas verdes. Un rincón de la campiña donde la vida adquiría forma de reses, de puercos, de perros realengos, y de hombres y mujeres que, entre la coquetería desparramada de las cabañas y las casas, cultivaban con amor el delirio de haber venido al mundo.

Octavie, Tata para los niños del vecindario, se entregaba como de costumbre a su pequeña sesión de mecedora, envuelta en una bata antañona más colorida que una buena pesca en un día de suerte. Hacía tiempo que no se confesaba con el bueno y viejo padre Chadèque, pero de vez en cuando le venían ramalazos de recuerdos, acosando su memoria y devolviendo de repente a su cuerpo añoso la íntima presencia de aquella buena mujer tan animosa que había sido en otra época.

Hay que decir que había establecido una venta de golosinas, tan variadas como el azúcar de coco, el confite de corozo, el pan de fruta cristalizado, el dulce de batata o el dulce de melado de caña.

Ella sí que era activa, no como su comadre Cornelia, afamada vendedora del mercado de Pointe-à-Pitre¹, que era como un volcán, siempre presta para lanzar al aire imprecaciones bien sulfurosas, una mujer agitada y hasta atormentada por quién sabe qué incontrolable calor. No, Octavie era más bien un agua dulce sin borboteos, guiada por su disposición al ahorro, y muy cautelosa. Tanto así que su encanto provenía de una mezcla bastante atractiva de molicie, redondeces y un fervor oculto que se le escapaba por la mirada, de manera huidiza y casi avergonzada.

Corneille, un viejo amigo de su difunto esposo, que se había ofrecido como consolador titular por el tiempo que dura el paso de un ciclón, guardaba de ella el recuerdo de unas carnes tiernas, una candela caliente llena de efusiones y unos suspiros discretos que rebotaban de su hermosa piel negra y lustrosa.

Desde niña, Octavie tenía el alma romántica, llorando cuando los jovencitos del vecindario daban una serenata para agasajar a su hermana mayor, mirando con ojos embelesados las libélulas que se acoplaban en pleno vuelo, jugando de buena gana a papá y mamá con sus primitos, por lo cual más de una vez le habían dicho que era una “viciosa”, cuando lo que había en su alma no era sino ternura y generosidad.

1 (Nota de la traductora). Principal ciudad de Guadalupe.

Qué lejos estaba todo aquello ahora que, en su mecedora, acunaba su corazón de anciana quebrada por la enfermedad.

—Augustin, ¿por qué me hiciste eso? —gemía—. Te marchaste (dejándome) sin llevarme contigo, y cuando regresaste en busca de una pareja, ¡fue para escoger a Constance! ¡Ingrato!

Verdaderamente...

Una congestión se había llevado a Augustin hacía ya mucho tiempo, y lo cierto es que un año después Constance, la rival de siempre, también había muerto, electrocutada por una plancha comprada a un marchante sirio con demasiada labia para que una se le resistiera.

Al principio, Octavie se alegró de ello abiertamente, como de un castigo justo; pero con el correr del tiempo y el deterioro del cuerpo, empezaba a pensar que Constance había tenido suerte.

También es verdad que comprendía a Augustin. Él no le había perdonado, ni siquiera en la eternidad de la muerte, una antigua infidelidad, la única que ella cometió, cuando se entregó en brazos de Raymond. Por más que se dijera a sí misma que una canita al aire no dejaría huellas, sabía que Augustin era terco y rencoroso.

Desde entonces, Octavie cargaba con su cruz, sintiendo que los huesos se le contraían, que su memoria vacilaba por los senderos de un suave desvarío y que las manos le temblaban cada vez más. Hasta su casa tenía olor a otros tiempos, y de no haber sido por Mary-Line que le dio dos nietas, se habría quedado postrada, enclaustrada en su piel de viejo lagarto ajado.

Raymond conservaba todavía, a sus setenta años cumplidos, una prestancia que muchos amigos le envidiaban. Había llegado a esa edad en que uno acecha a los demás viejos para tranquilizarse en cuanto a la esperanza de vida. Y siempre había alguien que interpelaba a Raymond:

—¿Pero qué agua tomas tú para conservarte tan fresco? La vejez como que se olvidó de ti, mi querido amigo...

Raymond se echaba a reír, exponiendo a la luz del sol todo el oro de sus dientes, alisando con gesto seductor sus cabellos de indio mestizo, y contestaba:

—¿La vejez? ¿Qué es eso de la vejez? Yo tenía un burro que se llamaba Vejez pero se murió hace tiempo; me compré otro burro y le puse el nombre de Juventud...

En el fondo, él sabía que los masajes amorios y las pequeñas atenciones culinarias prodigadas por Lydia, una joven de cuarenta años, eran mejor que cualquier elixir de juventud. No necesitaba a ningún curandero, ni cortezas afrodisíacas, ni decocciones de algas; le bastaba con su amor por la vida para

mantenerse tan sólido como una ceiba en el viento. La música y las peleas de gallo componían su sustento pero, por sobre todo, tenía una pasión: la política.

Los discursos floridos en los mítines electorales, los festejos después de la victoria, las conjuras, las intrigas, las murmuraciones cómplices, los equipos, las brigadas, las milicias, los panfletos, los afiches, los periódicos, los militantes, los simpatizantes, los opositores, llenaban lo esencial de su existencia.

Por estos días, las elecciones municipales prometían ser tan cerradas como la frágil cerradura de una virgen, y toda el municipio se movilizaba para reunir votos.

Por supuesto:

Ya estaban distribuidas las “buenas” boletas de votación entre los partidarios más seguros.

Ya estaban contabilizados todos los votos consignados.

Ya se habían puesto a circular por los bares ciertas informaciones destinadas a “ensuciar” al adversario.

Pero nada de eso bastaba, había que recurrir al viejo método de andar de casa en casa para difundir la buena nueva, “igual que los testigos de Jehová”, decía el alcalde saliente.

Raymond tenía su libreta de direcciones. Ya no estábamos en aquella época anterior a la televisión y otros inventos, cuando los mítines reunían a una muchedumbre entusiasta que escuchaba con avidez la palabra de los oradores, cada uno más fustigador que el anterior. Hoy en día había que convencer, persuadir, presentar argumentos, ¡ser moderno, pues!

¡No debía faltar ningún voto!

Raymond tenía esa consigna en mente cuando decidió visitar a Octavie.

La había descuidado todo este tiempo, desde que ella empezó a deteriorarse como una casa vieja sin herederos. No era por ingratitud sino porque él no podía admitir esa decadencia.

De vez en cuando, por unos u otros le llegaban noticias: Octavie se había fracturado el cuello del fémur, su hija Mary-Line se había ido a Francia, una ayudante doméstica se ocupaba de Octavie a domicilio... Después, todo se disolvía en la marea de los días y las noches. Y cada vez, una onda voluptuosa irradiaba en su corazón. Era como si la dulzura de Octavie volviera a hechizarlo, haciéndole revivir una embriaguez untada de miel por la nostalgia. ¡Ah, Octavie, qué almibar! Sabía que una parte de sí mismo había quedado marcada por lo mullido de Octavie, como una antigua quemadura.

Necesitaba absolutamente el voto de Octavie...

Eso era cosa fácil para un compadre tan astuto como Raymond. No obstante, una pizca de remordimiento flotaba en su cerebro.

Mientras caminaba, evaluaba en su mano el peso del regalo que llevaba para Octavie. Lo había pensado mucho antes de decidirse por un gran pañuelo de madrás² y una torre Eiffel metida en una bola transparente dentro de la que, por efecto mágico, al agitarse se veía una lluvia de nieve.

Octavie, amodorrada por el deleite de un buen almuerzo —un cangrejo aderezado con colombo³, para alzar los ojos al cielo chupándose los dedos—, se entregaba al ritmo de la mecedora. Estaba a punto de quedarse dormida cuando vio surgir a Raymond en el porche.

El orgullo crispó los rasgos de Octavie. Se inmovilizó en su mecedora como un animal atrapado. ¡Caramba, uno no se presenta en casa de la gente así como así! Hay que avisar. ¿Qué pasa con los buenos modales? Verdaderamente, el tiempo corre por extraños caminos. El tiempo pasa sin miramientos, sin respeto, de cualquier manera, y se ven cosas raras. ¡Ese ingrato atreviéndose a depositar el polvo de sus zapatos en el suelo de su casa! Pues bien: apelará a sus mejores modales para mostrarle que ella pertenece a la extinta raza de las negras regias.

—¿Quién está ahí?, dijo entonces, fingiendo no reconocerle, mientras se le aceleraban los latidos del corazón.

—¿Cómo “quién está ahí”? ¡Soy yo, Raymond, el hijo de doña Fefé!...
;;;Raymond!!!

—Aaah, Raymond... —Fue como un grito de dolor, una especie de quejido donde se mezclaban la sorpresa, el reproche y una herida indefinible—. Claro, Raymond... —Una gran carcajada le sacudió los hombros—. ¡Ajá! Así que recuerdas el camino a mi casa. ¿Será que anoche soñaste conmigo?

—Es que... Es que... Efectivamente, estaba pensando que una pequeña visita no vendría mal...

—¡Una pequeña visita, una pequeña visita! ¡Tú sí que eres descortés, Raymond, sí señor! —Le miró de arriba abajo, torciendo la boca en señal de desprecio—. En fin, ttsss... Ya estás aquí...

Raymond consideró que era el momento propicio para entregar su regalo.

—Te traigo una tontería, un detallito, sólo para reavivar la amistad.

—Siéntate y coloca eso ahí.

A estas alturas de la vida, no va a dejar que Raymond crea que ella le otorga importancia a su regalo. ¡Eso sí que no! ¡O entonces ya no se llama Octavie!

2 (Nota de la traductora). Tela a cuadros, mezcla de seda y algodón inicialmente elaborada en Madrás (India), que se drapea en la cabeza.

3 (Nota de la traductora). Mezcla de especias en la que predomina el curry.

Y las palabras trajeron otras palabras. Las noticias revoloteaban de una boca en otra, cual pájaro indeciso dando saltitos de rama en rama. Y cuando el parloteo ya se había convertido en placer, como un aceite bien grasoso que estaban untando en el pan seco de la vida, la ayudante doméstica trajo un refrigerio. Algunas rodajas de salchichón acompañadas por un delicioso ponche de limón y una jarra de agua bien fresca. Y con cada frase resurgían los recuerdos, abriendo en cada asalto una fisura en el corazón de Octavie.

Aquella primera cita a orillas del río, un día de gran lavada de ropa. Su primera entrega entre aromas de hicacos, nísperos y guayabas. Tendida en la yerba, alcanzó el vértigo de las nubes antes de extraviarse en todo el azul del cielo, mordiendo el hombro de Raymond para estar segura de quedarse en el mundo de los vivos. Después, en esta comarca donde todos conocían los trapos sucios de todos, fue el escándalo, la vergüenza: unos niños pícaros los habían visto “haciendo cosas”. La furia terrible de Augustin y, al poco tiempo, el triunfo de Constance...

Luego, paulatinamente, después del ciclón de pasiones, después de las ráfagas de risas socarronas, después de los últimos remolinos de vergüenza, la vida había echado nuevos tallos. Crecieron flores y espinas, cubriendo los recuerdos, y Guadalupe seguía girando sobre su eje, guardando tan poca memoria de esa historia como de una sacudida más de La Soufrière⁴.

Y total, ahí estaba Raymond, frente a ella, moviendo los brazos, hablando con las manos, poniendo a funcionar su máquina de reír.

Ahora sí, Octavie ya podía mirar su “regalo”.

Como las manos le temblaban, le costó deshacer el paquete pero rechazó la ayuda de Raymond, recuperando en esta circunstancia los gestos con los que antaño rechazaba sus arranques ardorosos, a veces inoportunos.

Raymond la observaba.

¿Cómo es que tan hermosa planta se había marchitado así? La boca no había cambiado mucho y sus labios seguían siendo dos alas expertas en alzar el vuelo hacia los dulzores del mundo... Pero él no quería dejarse ablandar ya que los deberes de su misión exigían la mayor sutileza. Octavie, igual que muchas comadres, tenía su orgullo, y con alguna palabra malvenida o algún gesto infeliz, se podía perder el ansiado voto.

Al ver el pañuelo de madrás, Octavie dio un grito de niña: pero cómo se toma él esa molestia, si ella casi no sale, ya no es ninguna jovencita... La torre Eiffel acabó con ella. Se puso a pensar, nostálgica, en aquel viaje con el que había

4 (Nota de la traductora). Se trata del volcán La Grande Soufrière, de Guadalupe.

soñado toda su vida. De vez en cuando Mary-Line le decía que se viniera a París, pero el médico se oponía terminantemente.

—Doña Vivie, ¿qué puede haber en Francia que no tengamos aquí? La gente se hace ilusiones... Los blancos se vienen de todas partes para disfrutar de nuestro país, ¡¡¡y tú quieres irte!!!

Se consolaba mirando la televisión pero, aunque no lo decía, no creía en esas imágenes que pasaban por la pantalla... Raymond sacudió la bola para hacer caer la nieve. Octavie se quedó maravillada.

—¿Qué cosa, Raymond! Has hecho que nieve en Castel para mí...

Ella se reía, y cada una de sus carcajadas era como un ramillete de emociones que la reconciliaban con Raymond.

La ternura reanimaba su cuerpo añoso y de pronto, curiosamente, se sintió en disposición sentimental. Como si adivinara su pensamiento, Raymond, con sonrisa cómplice, le tomó una mano:

—Ay, Octavie... ¿Te acuerdas?

—¿Cómo olvidar, Raymond? ¿Cómo olvidar?

Para avivar las emociones de ambos, pasó una brisa leve y caprichosa. En la cocina, la ayudante doméstica tarareaba canciones de moda, y un gallo incongruente se puso a cantar.

—Cómo han cambiado los tiempos —murmuró Raymond—. Ahora los gallos cantan en la tarde.

Octavie se quedaba callada, saboreando las delicias de ese instante privilegiado.

Raymond estimó que ya había llegado la hora de pasar al ataque.

—Octavie —soltó con voz solemne—, ahora los tiempos son mucho más difíciles y los jóvenes son los que más se perjudican... Pero todos somos responsables, algo hay que hacer para ayudarlos, por poquito que sea (aunque sea un poco).

—Ayudarlos... ¿Cómo, pues?

—O sea, ¿tú vas a ir a votar?

—¿Ir a votar? ¿Yo, Oc-ta-vie?

—Pues sí... ¡¡¡Tú, Octavie!!!

—Ya va, espera... ¿Tú has venido hasta acá para preguntarme si yo voy a votar?

Octavie se atragantaba de indignación y, de hecho, le dio un ataque de tos.

—No digas eso, Octavie. Tú me conoces. Yo he venido a verte a ti. Pero, bueno, todavía no nos vamos a morir. Hay que ocuparse de los vivos, de la vida... Ya te imagino con tu lindo vestido criollo, tus collares de varias vueltas, tu pañuelo de madrás, y yo tomándote del brazo para entrar en la sala de votación de la alcaldía, como dos recién casados.

Ante tal cuadro, Octavie se quedó pensativa. ¿Y por qué no? Sería como un último gesto de amor, un último alarde. Raymond, prudente, sintiendo que llevaba las de ganar, no insistió y siguió conversando sobre otros temas, pero poniendo cara de nostalgia. Octavie estaba derritiéndose, sus carnes se metamorfoseaban en pan de azúcar.

Toda conmovida, toda confusa, toda rara, se quedó mirando a Raymond mientras este se marchaba, y su corazón revigorizado le hizo olvidar su cuerpo añoso. La ayudante doméstica le trajo un poco de agua de coco para sosegarla.

Octavie se quedó dormida ahí, en su mecedora, con el rostro sereno acariciado por un tibio rayo de sol.

El día de las elecciones, el alcalde no podía creerlo: Octavie, maquillada, arreglada, cargada con todo el oro de los días fastos, hizo su entrada triunfal apoyándose en Raymond. A pesar de su andar vacilante y sus manos temblorosas, dejó impresionada a la asistencia por lo solemne de su porte. Parecía un imponente buque zarpando para un último crucero.

Raymond avanzaba, con una sonrisa taimada en los labios. Abrió el bolso de Octavie para sacar el documento de identidad todo ajado, y se lo entregó a uno de los miembros de la mesa de votación. Acompañó a Octavie detrás de la cortina; luego, ante la urna, guio su mano demasiado temblorosa para introducir la papeleta, y el alcalde exclamó:

—Lindora, Octavie: ¡ha votado!

Raymond ya estaba encaminando a Octavie hacia la salida cuando esta dio media vuelta, se acercó al alcalde y le susurró, como en un ruego:

—Señor alcalde, cásenos...

Un sudor frío se deslizó por la espalda de Raymond. El alcalde se alarmó.

—Señor alcalde, cásenos. Estamos en la alcaldía, ¿verdad? Y hay testigos. ¡Entonces, cásenos!

El alcalde miró a Raymond. Este tenía los labios exangües, pero asintió con la cabeza.

Entonces, tomando de testigos a los dos miembros de la mesa de votación, el alcalde pronunció la fórmula legal.

Octavie, después de haber escuchado el “los declaro unidos por los vínculos del matrimonio”, se volteó hacia los presentes, alzó los ojos al cielo y exclamó:

—Augustin, como tú no viniste a buscarme, ahora esta es mi revancha...